

FREDDY AYALA PLAZARTEN, EDITOR,
Premonición a las puertas:
reciente poesía ecuatoriana
(autores nacidos
a partir de 1979),

Quito, Dirección de Comunicación
y Cultura, Universidad Central
del Ecuador, 2012, 211 p.

Entre otras de las razones de ser de esta antología está la de poner al alcance de los lectores lo que son y representan las diversas visiones poéticas de aquellos autores ecuatorianos nacidos a partir de 1979; por tanto, se trata de autores que se han movido en las arenas sospechosas de los escenarios virtuales del siglo XXI.

En su armado, el antólogo y poeta Freddy Ayala ha privilegiado, así lo declara en el texto de apertura, a más de la calidad de los poemas, el que estos pongan en diálogo, establezcan una serie de contactos y nexos en los que su riqueza simbólica, a la vez, sea evidencia de lo que representan los diversos "lugares de origen" de cada uno de los antologados, y la condición de pluralidad del tiempo y espacio que habitan. De ahí que este libro, con sus particularidades, se sume a los varios y variados textos plurales que se publicaron desde finales del siglo XX e inicios del XXI. Libros que, en unos casos, se planteaban como el anuncio o advertencia de ciertos grupos, más que generaciones, en los que los textos eran un manifiesto político, reformulando el juego y la práctica de las vanguardias de los años 20 del siglo pasado y de quienes vinieron luego.

Premonición a las puertas supera, también, la noción volátil, siempre difusa, de lo que en determinado momento

se dio en llamar "novísima poesía", olvidando que tan novísimo sigue siendo Vallejo, Villaurrutia como Hugo Mayo. De ahí que resulte más sensato para el antólogo definir esta selección como "reciente", que apuesta y asume el albur de la transición y los desafíos de la ruptura. Pues, lo sabemos, la gran poesía siempre será "reciente", esto es que en sus diversas estrategias expresivas comienza y recomienza sin concesiones; aventura en la que atenta contra lo hegemónico y sus trampas. Además, el tiempo de su desciframiento gozoso, que no excluye la ceremonia del dolor, está al margen de todo calendario o argumentos extratextuales.

Los 17 autores escogidos, entre mujeres y hombres, nos dan las claves de lo que significan aquellos temas y asuntos que siempre serán una constante, desde la experiencia y el descrédito de su realidad cotidiana, en la escritura poética: el sujeto inmerso en la tramoya del padecimiento urbano, el amor y sus cenizas que enciegan, esclavizan y liberan, pero que también matan; la fe de los posmodernos que no se funda en la búsqueda de lo divino, sino en la legitimación de toda forma de alucinación y redescubrimiento del cuerpo y los paraísos gaseosos del deseo y el placer; búsqueda que está atravesada por las sombras despiadadas de la muerte que se convierte en un sicario de múltiples máscaras y promesas. Pero también están los fantasmas que nos devuelven a las aguas nada mansas de la memoria individual y colectiva, por donde se cuelan aquellas voces que dan cuenta de los orígenes heterogéneos de estos discursos, así como de sus diversos y ricos mecanismos expresivos.

Una antología que despertará –esperamos que así sea– múltiples acercamientos y debates, y de la que se dirá, es justo y necesario, que no están “todos los que son”. Aunque los que están, desde el desafío verbal, demostrarán por qué son y por qué están entre estas páginas en las que sus *premoniciones* son el código de un tiempo en el que todo se muestra como un laberinto en llamas.

RAÚL SERRANO SÁNCHEZ,
 ÁREA DE LETRAS
 UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR,
 SEDE ECUADOR

EDWIN ALCARÁS,
La tierra prometida,
 Quito, Eskeletra, 2012

Lo que pretendo hacer es solo un ejercicio subjetivo, una lectura puntual (en pocas palabras) o una puerta de entrada –de las muchas que habrá– hacia *La tierra prometida*, el cuentario de Edwin Alcarás.

Para ello, sigamos a Ricardo Piglia cuando propone que todo cuento relata dos historias, una evidente y otra velada (por decirlo de algún modo). Solo al final –cuando suele emerger el desenlace de la historia oculta– el lector accede cabalmente a la doble resonancia del relato.

El carácter velado de la historia 2 (llamémosla así) no se debe a la interpretación, a la lectura que dota de múltiples sentidos a los símbolos; sino que es a menudo la clave de la primera historia, la más evidente, la 1. Esta es otra manera de ver la teoría del iceberg de Hemingway, que postula que en narrativa lo no dicho es tal vez más denso, rico e importante que lo relatado.

Apliquemos la teoría de Piglia a un cuento de *La tierra prometida*, al titulado “Vía Cariño”, por ejemplo. En él, el narrador cuenta cómo llegó a Bahía de Caráquez para conocer a Pacífico Nil, un autor enigmático de fantástica obra, y cuya existencia quiere comprobar. El narrador nos relata lo que vivió en un puerto casi abandonado, dialogando con dos niños indigentes, frente a un horrible cebiche de concha, y bajo la mirada torva de un viejo de dudosa apariencia. Esa, digamos, es la historia 1.

Añadamos también que en la narración están incrustados pasajes entre